

Una apertura al diálogo sobre el desarrollo: cátedra de paz

Openness to dialogue on development: peace Chair



Carlos Eduardo Valenzuela Echeverri

asesorpedagogico@fundacionconvivencia.org

Licenciado en Psicología y Pedagogía de la Universidad Pedagógica Nacional (2001); Especialista en Comunicación – Educación de la Universidad Central (2004) y Magister en Estudios Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional (2011).

Resumen

Atraídos inicialmente por el interés de analizar el carácter de los objetivos fundamentales que la Cátedra de paz se traza a través del decreto 1038 del 25 de mayo de 2015, equivalentes a fomentar el aprendizaje, la reflexión y el diálogo sobre temas como cultura de la paz, educación para la paz y el desarrollo sostenible, en el presente artículo nos dimos a la tarea específica de reflexionar sobre el concepto de desarrollo, obediendo a la inquietud nada arbitraria que nos suscitó precisamente la inclusión de dicho concepto en lo que podríamos denominar la carta de navegación propuesta por el Ministerio de Educación Nacional en materia de paz.

Palabras clave

Desarrollo, discurso, subdesarrollo, tercer mundo, primer mundo, psicología social, paz, modernidad, futuro, cambio, progreso.

Abstract

Initially attracted the interest of analyzing the nature of the fundamental objectives of peace Chair is drawn through Decree 1038 of May 25, 2015 , equivalent to foster learning , reflection and dialogue on issues such as culture of peace , education for peace and sustainable development , in this article we took on the specific task of reflecting on the particular concept of development, which , due to nothing arbitrary concern that raises precisely the inclusion of this concept in what we might call the chart proposed by the Ministry of Education in peace.

Keywords

Development, speech, underdevelopment, third world, first world, social psychology, peace, modern, future, change, progress.

Introducción

Con el objeto de justificar lo legítimo de nuestra inquietud, mencionaremos en primera instancia la génesis atribuida por distintos autores a la noción de desarrollo, subrayando de forma concomitante el peso de tal discurso en la manera de concebir, de allí en adelante, la relación entre países del norte y del sur. En segundo lugar, desde la psicología social, hablaremos acerca de los mecanismos concebidos en función de entronizar el ideal de desarrollo en la psique de las naciones mal llamadas tercermundistas. Finalmente, en tercer lugar, nos pronunciaremos al respecto de la necesidad de engendrar otras semánticas alrededor de aquello que, con arreglo a una cierta economía de sentido, se ha bautizado indistintamente con la etiqueta: desarrollo.

De singulares a subdesarrollados

El desarrollo, si bien adquiere contornos mucho más definidos, discursivamente hablando, a principios de la década de los años cincuenta en Estados Unidos (Esteva, 1996), el aura que le distingue data, por supuesto, de mucho más atrás. Estamos hablando de una ideología conexas al proyecto de modernidad y auspiciada en buena medida por éste, con el que comparte un afán de progreso ascendente y lineal que busca superar los umbrales de lo que hasta el siglo XIX fue leído como una condición digna, es decir, la pobreza (Flórez, 2002).

En efecto, según lo refiere Flórez, uno de los cambios introducidos por la revolución industrial en el contexto europeo fue precisamente la conversión de la pobreza en problema social (Ranhema, 1992 citado por Flórez, 2002), consecuencia que erigió al desarrollo en calidad de antídoto cuya ausencia de seguro propagaría la ominosa condición de ser pobre.

A partir de esta distinción se acendrará con mayor fuerza el sentido mesiánico atribuido al desarrollo,

el cual, no sin hallar resistencia, aterrizará en los países de América Latina a través de los procesos de la modernización. La lógica de este fenómeno, luego de oposiciones diversas de índole incluso bélico, se arraigó en la mente de millones de pobladores propalando la consigna de arribar al futuro a través de un único modo, la industrialización (Gustavo Esteva, 1996), imaginario que al revertirse al ámbito local fue cooptado por los políticos de turno en términos de sugerir “la aventura hacia el progreso” como programa de gobierno.

Así, la colonización ejercida sobre diversos territorios subalternizados como África, de hecho, fue el caldo de cultivo de multiplicidad de prácticas desarrollistas que hallaron en tales contextos condiciones propicias para la ejercitación de una forma de dominación que velaba su real fisonomía colonialista tras la apariencia de ser una salida digna y responsable al atraso en el que estaban sumidas, a juicio de los europeos, las naciones pobres. Posiciones de este talante contribuyeron a “naturalizar” el modelo de desarrollo cuya adopción se registró en los anaqueles de aquella historia moderna, partidaria del progreso, como una acción ineludible y necesaria que debía replicarse, en virtud de su novedad y fructífero influjo a lo largo y ancho del planeta.

Luego, a mediados de la década de los cuarenta, acontece una reconfiguración de las relaciones de poder a nivel mundial que instala una gramática de poder distinta entre las naciones, tablero en el que Estados Unidos (EEUU) se situará de forma preferencial en tanto abanderará la nueva cruzada desarrollista. Discurso este que vendrá bastante bien en un escenario mundializado como el ostentado por el siglo XX en el que Occidente sabrá interiorizar de forma eficaz el glosario capitalista que regirá la comunicación Norte-Sur. De hecho, el desarrollo pasará a ser, o al menos ello pretenderá el bloque dominante, el común denominador entre los países industrializados del Norte y las naciones pobres del Sur.

Tal aspiración se hará oficial, y en consecuencia, real, a través del discurso de investidura pronunciado por Harry Truman el 20 de enero de 1949, gracias al cual, los países hasta ese momento singulares en cuanto a sus maneras de ver el mundo y habitarlo, transitarán a la condición de pobres y subdesarro-





llados en relación con los estándares de modernización e industrialización detentados por EEUU (Esteva, 1996; Sbert, 1996; Flórez, 2002). Padecimiento cuya solución estribará en la adopción de los programas de desarrollo promovidos por la potencia norteamericana; planes mediante los cuales se pueda conjurar la amenaza que representarían los países periféricos de Asia, América Latina y África, para los países del Primer Mundo y su acelerado crecimiento económico.

Este estado de cosas, hizo de la pobreza el blanco por excelencia del discurso desarrollista, lo que lo situó en un plano política y moralmente correcto que contribuiría a promover su reificación: ¿quién o qué podría oponerse, so pena de pasar por injusto, al arrasamiento de la pobreza y la desigualdad? Básicamente, no simpatizar con tal perspectiva equivaldría a resistirse al futuro, al progreso, este último vendido como una necesidad perentoria cuyo cubrimiento requeriría de todo el apoyo posible a gran escala, de ahí “(...) la creación de un gran sistema institucional internacional (Banco Mundial –BM-, Fondo Monetario Internacional –FMI-, Organización de las Naciones Unidas –ONU-, PNUD -Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo- y posteriormente, Organización Mundial del Comercio –OMC- y la Comisión Económica para América Latina y el Caribe -CEPAL) que garantizara, entre otras funciones, la ‘transferencia’ de recursos económicos y tecnológicos de los países desarrollados a los subdesarrollados.” (Flórez, 2002, p.59).

Con el respaldo de tal parafernalia institucional, se pontifica finalmente el paradigma de desarrollo al que servirán no solo organismos multilaterales, sino además las ONG, los movimientos sociales e, incluso, la academia. A ta-

les esfuerzos se sumarán también acciones estatales cuya política enfilará baterías en dirección a implementar mecanismos de diverso tipo, especialmente comunicativos, creados para favorecer la diseminación de la tesis esencial del discurso desarrollista, de acuerdo con la cual “para formar parte del mundo moderno, las comunidades rurales y suburbanas de los países del Tercer mundo necesitan dejar atrás sus tradiciones y adoptar los medios masivos de difusión y las nuevas tecnologías de occidente” (Gumucio, 2012, p.28 citado por Valenzuela, 2015 p.50).

Ahora, pese a la sedimentación del modelo en los países desindustrializados, obtenida gracias a economías de presión y enfoques funcionalistas de comunicación, emergió a la par de tales estrategias una verdadera empresa de apoyo, derivada de la entraña misma de las ciencias sociales:

Centros de investigación, universidades y organizaciones interesadas por la transformación social, se abocaron a generar mecanismos de desarrollo que nos alejaran de la pobreza (Cooper y Packard, 1997). Uno de los principales ámbitos científicos que se constituyó fue la Economía del Desarrollo, la cual delimitó sus propios elementos de interés (modernización, industrialización, innovaciones tecnológicas, cambios institucionales, sustitución de valores, etc.) y se erigió como la disciplina portadora de la modernidad (Escobar, 1996). Desde entonces, ha sido la ciencia privilegiada por el desarrollo. Pero con ella emergieron otros ámbitos científicos, que si bien no han sido los privilegiados por ese modelo, lo han subsidiado. (Flórez, 2002, p.59)

A decir verdad, tanto la antropología como la misma sociología terminan

por aportar al empoderamiento del modelo (Flórez, 2002) basándose en propuestas segregacionistas que ponderan diferencias del tipo tradicional-moderno, autónomo-heterónimo, deliberante-sumiso, como criterios para establecer o alcanzar umbrales satisfactorios de desarrollo. Así mismo, en consonancia con los ideales desarrollistas de las disciplinas precedentes, la psicología social contribuiría desde su experticia, a la instauración del modelo, sirviéndose de enfoques orientados expresamente al análisis de la pobreza en función de su contraparte, el desarrollo.

La ciencia psicológica al servicio del modelo desarrollista

Son cuatro los enfoques psicólogos reseñados por Flórez (2002) que tendrían una fuerte incidencia en lo que atañe al proceso de internalización del discurso desarrollista. Su elección de los enfoques aquí relacionados derivó de la decisión de abordar solo aquellos que han priorizado el análisis, y cierto tipo de análisis, en torno del objeto pobreza, llegando incluso a alcanzar una marcada influencia en proyectos gubernamentales de gran impacto. Dichos enfoques son: 1) motivación al logro (económico); 2) valores y creencias del subdesarrollo; 3) autoestima y desarrollo; y 4) psicología comunitaria. Cada uno de estos fue leído desde tres aristas: “*el problema* (pobreza o subdesarrollo), *la solución* (desarrollo) y *las intervenciones*” (2002, p.61). Veamos brevemente el sentido de cada una de estas propuestas.

El primer enfoque, motivación al logro, pone el acento en la interdependencia que habría entre las motivaciones humanas y el desarrollo económico. Dichas motivaciones se resumen en tres, aunque con especial énfasis en dos:

motivación al logro, a la filiación y al poder. Cada una de estas apalancaría un determinado nivel de desarrollo, tanto a nivel de la personalidad como a nivel del país. Así, explica Flórez, de ser, por ejemplo, el poder la motivación detonante y no el logro, no habría manera de escapar al subdesarrollo pues tal motivación es distintiva de “personalidades impulsivas, oportunistas y autodefensivas” (2002, p.62), rasgos opuestos a los esgrimidos por quienes tienden al logro, es decir, individuos con personalidades autónomas y autoconscientes, cualidades más afines a los países desarrollados. La resultante de tal postura no es otra que la idea según la cual el desarrollo de un país debe concitar necesariamente una intensa motivación al logro, característica, señala Flórez, del empresario. Sólo así habría condiciones óptimas de combatir la pobreza en tanto el país aspirante a desarrollarse hallaría el equilibrio motivacional que demanda el progreso.

El segundo enfoque, el de los valores y las creencias del subdesarrollo, señala que el principal impedimento hacia el desarrollo de los países pobres radicaría en los valores y creencias que encarnan sus pobladores, quienes asumirían conductas y actitudes que obstaculizan el tránsito hacia la cumbre del progreso. Por tanto, el énfasis no se situaría tanto en la cima del desarrollo, sino en “las barreras e impedimentos, reales o percibidos, a una acción colectiva en pro del desarrollo; impedimentos estos que se reflejan en motivaciones, creencias y en fin, conductas disfuncionales” (Miñarro y Greaves, 1999, p.5 citado por Flórez, 2002, p.62). Desarrollarse, por lo tanto, tendría más que ver con la subjetividad de los individuos y su disposición al logro que, en realidad, con las condiciones contextuales que les circundan.

El tercer enfoque, el de la autoestima y el desarrollo, pregona la idea según la cual, la baja autoestima tendría vínculo directo con la condición del subdesarrollo. En tal medida, esta perspectiva avala la tesis de acuerdo con la cual la pobreza no es un fenómeno económico-social, sino más bien efecto de una manera de pensar, actuar, proceder “presente en todas las clases sociales y vinculada a una identidad y democracia negativas” (2002, p.63). El legado por tanto de las generaciones precedentes, compuestas por indígenas nativos, africanos esclavizados, etc., comportaría una cierta proclividad hacia la marginalidad, fuente de atraso, resignación, sumisión, desinterés, injusticia e inequidad. Aquí la intervención, por tanto, se ejercería sobre los agentes de socialización primaria y secundaria, lo que involucraría a las instituciones cuya transformación se tornaría imperativa.

Finalmente, estaría el cuarto enfoque, el asociado a la psicología comunitaria. A juicio de Flórez, es el más heterogéneo de los enfoques citados en virtud de la pluralidad ideológica que entraña. De hecho, al describirle subraya tres vertientes del mismo: *psicología comunitaria para la superación de la pobreza; psicología social (Comunitaria) para el desarrollo e ideología de la dependencia o el subdesarrollo*. La primera vertiente le apuesta a la redefinición del concepto de pobreza, el cual vincula el desarrollo y el crecimiento económico. En ese orden de ideas, la pobreza no equivaldría propiamente a una condición de carencia, sino a un estado temporal, superable a partir del empoderamiento personal y la adquisición de habilidades y capacidades. Esto patrocinado por fuertes redes de organización institucional, responsables de apoyar y conducir a la comunidad en dirección hacia el desarrollo.

La segunda vertiente, *psicología social comunitaria*, por su parte, se concentra en plantear la injerencia del ambiente sociocultural en el acenso hacia el desarrollo. Considera que la causa principal del subdesarrollo tiene que ver con la falta de poder psicológico, en el sentido de carecer de la fuerza necesaria para evitar la alienación, combatir la desesperanza y no responsabilizar a otros de lo que a cada quien acontece (Rappaport, 1977 citado por Flórez, 2002). Por ello, la solución consistiría en contrarrestar a través de cambios a nivel psicosocial la tendencia al fatalismo y la desesperanza individual y colectiva.

Por último, estaría la vertiente referida como *ideología de la dependencia*, postura para la cual el subdesarrollo emerge como consecuencia de una autoimagen negativa cuyo saldo no es otro que el de asumirse incapaz de progresar en razón de la pereza, la violencia, el atraso y la inquina hacia el cambio, el cual, sí echarían de ver estos países en las naciones desarrolladas, lo que incrementaría

su lógica dependiente. De allí que la solución tenga que ver con la acción de atribuirles responsabilidad de suerte que asuman el control y el poder de sus propias vidas, motivándoles de este modo hacia la movilización.

Son pues, en general, enfoques que desde lógicas distintas, pero con denominadores comunes, especialmente los tres primeros, se inscriben dentro de la gramática misma del discurso del desarrollo, del que se sirven necesariamente para, como indica Flórez, poder teorizar al respecto de la pobreza, fenómeno que claramente asocian con el desarrollo, nexa por el que se les identificaría como funcionales, a la idea de progreso.

Evocación del discurso del desarrollo en los escenarios de paz

Resulta interesante, a propósito de las consideraciones previas, la inclusión del término desarrollo en las directrices que regulan lo que se ha de hacer en las instituciones educativas con relación a la cátedra de paz. Aún más cuando se advierte el tipo de acepción mediante el que se publicita la idea de desarrollo, al que apellidan sostenible, quizá con la idea de que ello atenúe su ancestral peso semántico. Recordemos precisamente cómo el hecho de hablar de desarrollo hoy por hoy, a secas, no parece consecuente con las acciones que distintas organizaciones desarrollistas como el PNUD o la misma CEPAL han adelantado con el fin de reivindicar un desarrollo, pero respetuoso del medio ambiente y del ser humano, pues, aquel desarrollo del que hablamos en las páginas primeras, cifrado en lo económico y lo material, termina por enfrentar una crisis interna de la que se percatan dichas organizaciones. A partir de ello, empiezan a abanderar nuevos paradigmas de desarrollo (hu-

mano, sostenible, participativo, etc.) con la idea, no obstante, de continuar apostándole, de fondo y subrepticamente, al ideario de un movimiento ascendente e ininterrumpido hacia el progreso.

Cuando se discierne finalmente, gracias a corrientes de pensamiento críticas como la de Arturo Escobar (2000), lo ilusorio de un desarrollo ilimitado, universal y acumulativo, se advierte de forma simultánea la posibilidad de hablar, ya no de posturas refrendadoras del desarrollo, sino de posiciones alternativas al mismo (Viola, 1999 citada por Flórez, 2002). Para estas se hace esperable un cambio, pero no bajo las convenciones que impone y ha impuesto el discurso del desarrollo, entendido este como “aquel que conduce al crecimiento económico, la elevación de la calidad de vida y al bienestar social”, sino a partir del advenimiento de nuevas gramáticas de significación política, económica, social y cultural que propendan por experiencias que auspicien alternativas a los procesos de desarrollo hegemónico que viven nuestras regiones, dinamizando nuevos estilos de vida animados por vías alternas de habitar el mundo, favoreciendo la creación y el sostenimiento de nuevos ámbitos de comunidad (Esteve, 1996) y políticas culturales (Escobar, Álvarez y Dagnino, 2001).

Es esto último precisamente lo que se desea poner de relieve cuando se nos invita a reflexionar, aprender y dialogar sobre el desarrollo sostenible en el marco de la cátedra de paz, pues, cuando se piensa en lo que el desarrollo ha supuesto para el común de la sociedad, específicamente la nuestra cuyos conflictos en buena medida han tenido justamente sus raíces en procesos antidesarrollistas, no es posible pretender soslayar los lugares desde los que

se nos demanda pensar el concepto de desarrollo, cuya lectura invitamos a problematizar.

Referencias

Escobar, A. (2000). El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar: ¿globalización o posdesarrollo? En E. Lander, *La Colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*. Buenos Aires: CLACSO, UNESCO.

Escobar, A., Álvarez, S., & Dagnino, E. (2001). *Política cultural & Cultura política: una nueva mirada sobre los movimientos sociales latinoamericanos*. Bogotá: Taurus-ICANH.

Esteve, G. (1996). Desarrollo. En W. Sachs, *Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*. Perú, Perú: PRATEC.

Flórez, J. (2002). (Des)encuentros con la psicología desarrollista. *Revista Heterotopía. Tejiendo el pensamiento desde el otro lugar*.

Sbert, J. (1996). Progreso. En W. Sachs, *Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*. Perú: PRATEC.

Valenzuela, C. (2015). Comunicación alternativa: ante las encrucijadas del discurso desarrollista. *Revista Mediaciones*.

